

Miércoles, 16 de octubre de 1991

**el Periódico**

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

## **Mantener las distancias**

Las diversas naciones, con sus enfrentamientos a lo largo de la historia, muestran un marcado carácter territorial: invadir o defenderse de una invasión. El individuo de una especie animal tiene su espacio propio: un perro deja que alguien se le acerque, pero hasta cierto límite, y amenaza primero y agrede después al que se adentre en lo que él siente como su dominio. En el ser humano las distancias toleradas se han ido reduciendo. La horda primitiva ocupaba grandes extensiones del territorio en el que cazaba y recogía frutos. Entonces la distancia entre individuo e individuo podía ser mayor y sólo se rompía para aparearse, para efectuar ciertos rituales mágicos y para comer.

En la ciudad moderna la distancia tolerada entre persona y persona se ha ido reduciendo a causa de la densidad, del hacinamiento. No se trata sólo de la distancia hombre-mujer, que, aunque reducida, se mantiene y es más rigurosa, sino del hecho aceptado de tener al lado a otras personas. En el metro, en los supermercados, en los ascensores o en los locales de fiesta las distancias casi desaparecen. Tolerar la cercanía y hasta el contacto con los demás se ha hecho habitual en las superpobladas ciudades. Estamos juntos, pegados unos a otros, pero no nos miramos. Conservamos y mantenemos las distancias de la mirada como una forma de respeto hacia los demás y como una residual manera de que se respete nuestro menguado territorio. Somos unos muy singulares mamíferos.